

Vidas paralelas

Karl Kohut

Este artículo trata de las vidas paralelas de dos mujeres de finales del siglo XX. Una se llama Ana Fernández, es mexicana, de más o menos 40 años, casada, dos hijos; la otra se llama Malena, es venezolana, de 35 años, divorciada, con un hijo de siete años. Ambas pertenecen a la clase media. Ana Fernández es la protagonista de la novela *La señora de los sueños*, de Sara Seftchovich, de 1993, Malena lo es de *Malena de cinco mundos*, de Ana Teresa Torres, de 1997. Las vidas de estas dos mujeres son doblemente paralelas, en tanto que se ven multiplicadas en las dos novelas respectivas. Ana Fernández se sueña a sí misma en siete vidas diferentes: Malena, por su parte, es el último eslabón hasta la fecha de una serie de seis mujeres reencarnadas. Este breve resumen indica ya que las estructuras de las dos novelas son sorprendentemente similares. Ambas obras cuestionan, si bien de modo diferente, la condición de la mujer latinoamericana a finales del siglo XX, y lo hacen comparando su condición con la de mujeres de otros tiempos y contextos sociales e ideológicos diferentes.

Curiosamente, también las vidas de las dos autoras son, en cierto modo, paralelas. Ambas ejercen una profesión académica y llegaron tarde a la literatura. Sara Seftchovich es socióloga y empezó su carrera literaria en 1990 con la novela *Demasiado amor*, que tuvo un gran éxito. Ana Teresa Torres es psicóloga e inició su carrera literaria el mismo año de 1990 con la novela *El exilio del tiempo*. *Malena de siete mundos* es su cuarta novela.

La señora de los sueños

Al comienzo de la novela, Ana Fernández se presenta a sí misma con las palabras: “Yo, Ana Fernández, pobre de mí, soy una mujer que se aburre. La vida me pesa, no hay nada que me interese y no le encuentro sentido a la existencia” (7). Empero esta mujer aburrida y afligida es también una mujer perfecta a la que no le falta nada: “Yo, la mujer perfecta, la reina de su hogar, la feliz esposa de su marido, la orgullosa madre de sus hijos, la buena hija de sus padres, la gentil cuñada de sus cuñadas, la amable vecina de sus vecinos, la cumplida ciudadana, la habitante virtuosa de este país, llena de deberes, tapizada de obligaciones, cumpliendo todo a tiempo, de buena manera y con buena cara” (9).

Esta Doña Perfecta cae un día en una profunda depresión, por lo que la familia decide recurrir a un tratamiento psicoanalítico de la familia. Es al (o a la) analista que se mantiene invisible durante la novela a quien la mujer, su esposo y sus dos hijos le cuentan su visión de ella, cuya vida queda reflejada, de este modo, por cuatro miradas. Durante el tratamiento, Ana se encuentra con un librero que simpatiza espontáneamente con ella y le obsequia libros. Ella, que en su vida se no interesó por nada que no fuera su familia y su hogar, empieza a perderse literalmente en esas lecturas que le sirven como trampolín para inventarse en sus sueños otras vidas. Y es así que se proyecta en diferentes mujeres, contando su vida en primera persona, lo que la lleva a una perfecta identificación con la mujer soñada:

(1) Aisha, una mujer árabe del siglo XV, que sigue a sus diferentes esposos, desde los desiertos de Arabia hasta Granada, para terminar en un burdel de una ciudad del norte de África. Aisha se somete incondicionalmente al destino, a la voluntad de los hombres y de los otros (19-52).

(2) María Petrovna, una mujer de la alta nobleza rusa del siglo XIX, cuya larga vida es feliz,

a pesar de que sus amores románticos terminan todos en el desengaño (57-101).

(3) Una joven neoyorquina sin nombre del *underground* de los años sesenta (?), absolutamente liberada y que sigue sólo sus instintos (111-147).

(4) Camila, una argentina del siglo XIX, que se escapa de la hacienda de su padre y termina en las Islas Galápagos (151-179).

(5) Fidelia, una mulata cubana que se junta a los guerrilleros en la Sierra Maestra y llega a ser la amante de Fidel de quien tiene un hijo que Fidel, sin embargo, no reconoce (185-223).

(6) Keren, una joven judía que vive en Israel (228-255).

(7) Maya/Ananda, que vive en el círculo íntimo de los colaboradores de Gandhi (260-289).

A primera vista, los sueños parecen ser nada más que un modo de evasión del aburrimiento de la vida cotidiana. Sin embargo, siguiendo la serie nos vamos dando cuenta de que se insertan en una estructura temática. Los dos primeros sueños pertenecen al pasado y constituyen realizaciones antitéticas de la condición femenina: Aisha se encuentra en el extremo bajo, María Petrovna en el extremo alto. Los siguientes cinco sueños representan distintos proyectos de una realización auténtica de la condición femenina y, al mismo tiempo, constituyen estaciones en el camino hacia la liberación y la emancipación.

Paso por alto los dos primeros episodios porque es sólo con el tercero que empieza el camino de la liberación. Empero, si es cierto que la joven neoyorquina se libera de todos los lazos sociales -“soy libre le digo, no tengo que darte cuentas de mi vida ni decirte dónde ando, ni a ti ni a nadie”, le dice en un momento dado a su pareja de turno (133)-, su liberación es sólo negativa en tanto que carece de dirección y de sentido. Es con Camila que aparece por primera vez un objetivo concreto de encontrar una identidad libremente escogida. Camila tiene una insaciable sed de ciencia que no puede satisfacer en la sociedad de su tiempo, puesto que la ciencia es un campo reservado a los hombres. La única solución posible es, por ende, cambiar de sexo e identidad, cambiando su nombre en Camilo y vistiéndose de hombre. Camila vive en las Islas Galápagos desde hace muchos años cuando el famoso *Beagle* hace escala en ellas con Charles Darwin a bordo. Camilo y Charles se hacen amigos, lo que termina por perturbar a Charles, quien cree descubrir en sí instintos homosexuales. Camilo es la guía de Charles en las excursiones a las diferentes islas, en las que le indica las diferentes variantes de la fauna local, y es ella quien le inspira las ideas fundamentales del origen de las especies. Camila logra cumplir su deseo de ser independiente y llevar una vida activa; empero sólo lo logra negando su identidad femenina. Su liberación es, por ende, parcial e inauténtica.

Es con el próximo episodio, situado en la Revolución Cubana, que se vislumbra por primera vez la liberación auténtica que iría a la par con la liberación política. Fidelia sigue con entusiasmo y una fe ciega la carrera política de Fidel. En los años que siguen a la revolución victoriosa, Cuba se convierte en una isla cuyos habitantes colaboran solidariamente para construir un futuro mejor. El momento histórico se asemeja al estado paradisiaco en el que las cosas tienen la frescura de lo recién creado, en el que todo está por inventar y, lo que es más, todos los hombres son absolutamente iguales:

Había terminado toda discriminación por color, sexo o edad, los trabajadores se preparaban para ser jueces, se hacían nuevas leyes, se hablaba sobre el futuro brillante y desarrolladísimo que nos esperaba, con estadísticas de lo mucho que ya se hacía y lo mucho que faltaba por hacer (202).

Fidel le confiere una interpretación histórico-política a esta euforia común al decir:

Cuba fue el último territorio que se independizó de España y el primero que se independizó de los yanquis. Es el primer territorio libre de América, libre de explotación, vicio, analfabetismo y de todo lo que produce el ‘mundo libre’ en los demás países de este continente. Somos la trinchera más honrosa del mundo, ¡hoy a Cuba se le respeta! (205).

Ahora bien, Fidel le había asignado a su amante la tarea de informarle de la manera más completa posible de las opiniones de la gente. En esta función, ella se da cuenta de que a los años de euforia revolucionara siguió “el tiempo de las acusaciones, de las traiciones y las políticas, de las ronchas y las intrigas [...] Había rumores de purgas, redadas y detenciones, de torturas para hacer cantar a los presos y hasta de fusilamientos, todo en voz baja” (208s). Cuando se lo dice a Fidel, éste contesta a las preguntas y dudas de su amante con estereotipos revolucionarios que hacen ver su creciente alejamiento de la realidad cubana y, peor aún, de su negación a darse cuenta de este hecho. Al mismo tiempo, se aleja de su amante hasta que ésta cae en un olvido completo. De este modo, a Fidelia no le queda otro recurso que escribirle una carta de despedida a Fidel que quiere entregarle personalmente, pero incluso esto no le es permitido. Esta carta, que es una despedida de Fidel y, al mismo tiempo, de la revolución, termina con las palabras:

Yo, que te he acompañado toda la vida, que te he esperado siempre, que no quise creerles a todos esos que escriben contra ti y hasta se suicidan echándote la culpa; yo, que nunca amé a nadie más que a ti ni dudé jamás de tus palabras porque tu verdad fue siempre la mía, hoy te escribo con el corazón en la mano. He pasado mi vida escuchando lo que la gente tiene para decirte y te lo digo: el pueblo cubano, hambreado y atosigado, harto de la escasez, este pueblo que te recibió esperanzado hace más de treinta años y que tanto te ha querido, te pide que le ayudes, que no lo hagas sufrir más. Te pide que te vayas (223).

El sueño de la liberación femenina en y con la Revolución Cubana fracasa, fracaso tanto más doloroso por las promesas y esperanzas iniciales. El episodio cubano es el más político de todos y tiene un peso particular en el argumento de la novela.

Sin abandonar completamente el campo político, los dos últimos sueños acentúan más el elemento espiritual. La experiencia de la joven Keren en Israel es, hasta cierto punto, paralela a la de Fidelia. Su abuela, Sara Nejome, que había sido de las pioneras que fundaron los primeros kibbutz, defiende una ideología muy similar a los ideales de la Revolución Cubana:

Lo que queríamos era cambiar al mundo, a la sociedad y a las personas y creíamos que era posible. [...] Por eso insistíamos en cambiar las costumbres y la moral burguesas, pensábamos que no debía existir nada que no fuera común ni ningún asunto íntimo o personal, creíamos que todo se debía compartir. Estábamos convencidos, yo todavía lo estoy, de que allí donde no hay individualismo ni propiedad privada ni deseo de bienes materiales, se podía lograr una gran empresa colectiva basada en el esfuerzo, lo que daría lugar a una nueva forma de vivir y por lo tanto a una nueva forma de ser (231s).

Pero mientras que en Cuba los ideales revolucionarios se fueron degradando convirtiéndose en sórdida realidad, los judíos saben mantener vivos sus ideales, a pesar de la increíble mezcla de gentes venidas de diferentes países, con distintas formaciones y convicciones, algunas de ellas literalmente medievales, a pesar de estar bajo la permanente amenaza de la guerra. La joven Keren sigue, pues, las huellas de su abuela y se une al movimiento Amaná, que “son los pioneros de hoy, los que levantan asentamientos en los territorios que se ocuparon a raíz de la guerra, nosotros les llamamos territorios liberados” (252). En este lugar conoce el espíritu original que animó a los judíos a ir a Palestina, en este lugar conoce a Dios, sus ojos y su corazón se abren, y ella aprende a creer (252s). Se queda, pues, en este lugar “por esta tierra bendita a la que hemos de sacar sus frutos y por la posibilidad del arrepentimiento y la redención. Aquí me he casado, aquí sembraré semillas y pariré hijos” (254). Keren es literalmente semilla, tal como indica su nombre.

Empero, Ana todavía no ha llegado al final de su camino. El último sueño le ofrece otra opción para encontrarse a sí misma. Ana se identifica ahora con una mujer que pertenece al séquito de Gandhi, y que se llama al principio Maya, nombre que significa “en la que todo era ilusión, falsa opinión” (272) y, después de un tiempo de iniciación espiritual, Ananda, es decir, “la que ha encontrado la satisfacción espiritual” (285). La experiencia hindú se parece a la israelita en tanto que también es una “búsqueda del absoluto, de Dios” (275), pero la sobrepasa en tanto que es profundamente pacifista: “La no-violencia [...] no sólo consistía en no matar sino que incluía el ni siquiera irritarse o perder la calma, y más aún, el ser capaz de amar” (ibíd.). Gandhi se convierte para ella en el modelo absoluto por su capacidad de “amasar una nueva humanidad” sólo con su vida ejemplar (276). Su modelo consiste en realizar en sí mismo las cualidades comúnmente llamadas femeninas:

El sexo femenino no es débil, es el más noble de los dos por su poder de sacrificio y de silencioso padecimiento [...] La intuición de la mujer sobrepasa a la arrogante pretensión del hombre (282).

La enseñanza de Gandhi culmina con la intuición de que el ser humano no es estable e inalterable, sino un ser cambiante que se transforma cada día. La identidad humana consiste precisamente en la transformación:

Recordé entonces las enseñanzas de Gandhi: “El yo es un encadenamiento de transformaciones y una cosa prepara para otra en la vida”. Y me dí cuenta que tenía razón. Para mí, las circunstancias habían cambiado y ahora yo debía también cambiar. Debía seguir mi camino. Ese sería mi modo de vivir la fe y las enseñanzas de mi maestro (288).

Ana ha comprendido que sólo siguiendo su propio camino puede encontrar su auténtica identidad. Una vez comprendido esto abandona el país de los sueños y vuelve a su realidad.

Las citas ya habrán hecho intuir el tono particular en el cual Ana cuenta sus sueños. Este tono ingenuo los distingue de la realidad y los hace ver por lo que son, es decir, sueños despiertos. La ingenuidad de las convicciones expuestas es deliberada, y sólo en el caso del episodio cubano cede a una percepción más crítica de la realidad. Al mismo tiempo, estos sueños son ejercicios intertextuales, puesto que vislumbramos a través de ellos los libros que Ana está leyendo. Al tono ingenuo de los sueños se opone el tono impregnado de ironía de la narración de la vida real de Ana, en la cual repercuten los sueños en tanto que ésta refleja sus

experiencias soñadas. Después del sueño árabe, por ejemplo, Ana empieza a preparar platos árabes; después de la experiencia rusa, abre la casa que de cerrada se convierte en abierta a cenas con amigos. Desde luego, estos cambios desconciertan a su familia, que no conoce su origen y los imputa a la mente turbada de la esposa y madre. Al final, Ana puede terminar el tratamiento psicoanalítico, reconociéndose como curada. Empero no es este tratamiento, sino sus sueños los que restablecieron su salud física y mental, son ellos que le hicieron encontrar su nueva identidad, que explica al o a la analista:

Si un hada me ofreciera cumplir mis deseos, le diría que no quiero más que lo que tengo, que estoy en donde debo estar, en mi lugar exacto en el universo. Para mí los días son hermosos y así quiero seguir: soy ama de casa, cuido y atiando mi hogar y a mis seres queridos, tengo un trabajo que me agrada y dispongo de tiempo, oh dulce libertad, para leer y a través de ese manantial inagotable, vivir las más maravillosas aventuras entre estas cuatro paredes.

Dicen que nadie posee tanto algo como aquel que lo sueña. Dicen que sólo los sueños y los deseos son lo verdadero que tenemos. Ahora el mundo es como yo quiero que sea: un universo de éxtasis, cincuenta universos de éxtasis para mí. Y aún quedan tantos caminos por recorrer (293).

Después de identificarse con distintas variantes de la existencia femenina, después de identificarse, sobre todo, con las distintas utopías que atraían a los jóvenes de la segunda mitad del siglo XX, Ana Fernández vuelve al punto de partida. La situación parece ser exactamente igual. Empero, no lo es porque ella es otra. Ante la dicotomía tanto discutida por los intelectuales del último siglo, el “cambiar la vida” de Rimbaud y el “cambiar el mundo” de Marx, ella se ha decidido por Rimbaud.

Malena de cinco mundos

La novela de Ana Teresa Torres es análoga a la de Sara Sevhovich y distinta a la vez. La diferencia ya empieza con el marco narrativo. La autora nos lleva a las esferas celestiales donde cinco “Señores del Destino” vigilan sobre las vidas de los hombres. Estos Señores se encuentran ante la queja de una mujer caraqueña que ha muerto en 1992, a los 35 años, alegando que se le había prometido “una vida de mujer moderna”, pero que la vida que ha recibido no respondió a la promesa. Cito el diálogo que sigue porque da el tono a la obra:

- Yo de las mujeres estoy hasta la coronilla -gruñó el Quinto Señor.
- Revisa si está inscrita en algún movimiento feminista. No quiero problemas con esa gente -advirtió el Cuarto Señor.
- No dice nada.
- A ver si ha hecho algo de particular. Con las mujeres destacadas tampoco es bueno tener problemas. Enseguida te dicen que las descalificas por sexismo -intervino de nuevo el Quinto Señor.
- Es una mujer normal y corriente. Clase media, divorciada, un hijo. Trabajaba en una empresa de seguros (10s).

Ana Teresa Torres retoma el Olimpo de la épica clásica, parodiando y modernizándolo, porque las vidas de los mortales se encuentran en archivos computarizados. Pero su

comportamiento no se distingue en nada de los dioses antiguos: se pelean entre ellos, tienen sus favoritos, tienen debilidades que les aproximan a los mortales. Los cinco Señores del Destino deciden, pues, retomar el archivo de la Malena caraqueña. Empero durante la lectura se dan cuenta de que su vida está emparentada con otras vidas que son encarnaciones o reencarnaciones de una misma persona. De este modo, aparecen en la trama novelesca las cinco vidas de Malena, que se distinguen en su contenido y en la perspectiva narrativa:

(1) Giulia Metella, esposa de un ciudadano romano en tiempos de Marco Aurelio que, impulsado por la ambición de su mujer, obtiene el rango de cónsul en Bulla Regia, una miserable provincia del norte de África. De esposa modélica se convierte en un monstruo que hace el infortunio de su esposo, para convertirse en esposa modélica otra vez al final de la vida (31-63). El episodio es narrado por el esposo en segunda persona.

(2) Una mujer del siglo XIII, esposa de un caballero, adúltera, que es matada por su esposo (264). El episodio es sólo mencionado.

(3) Juanita Redondo, una niña expósita que nace en Sevilla en 1705 y que lleva una vida de pícara. Llega a Caracas, donde termina ahorcada, falsamente acusada de un asesinato por envenenamiento (87-112). El episodio es narrado en primera persona.

(4) Isabella Bruni (1535-1585), hija de médico, esposa de médico y médica ella misma, que puede ejercer su profesión sólo como acompañante porque el oficio le es vedado en tanto que mujer (128-164). El episodio, que cuenta la vida de Isabella, es narrado en 1630 por Luca Paccioli, que había sido su aprendiz y después su amante, en el último curso que habrá de dictar a sus alumnos.

(5) Malena, una joven caraqueña de finales del siglo XIX que se enamora de un conde cubano. Puesto que sus padres no consienten este matrimonio, se retira a su cama/diván donde permanece diez años hasta que logra el matrimonio. Pero su esposo muere pronto, a lo que sigue una profunda depresión. Malena se va a Europa, primero a París, después a Viena, donde es paciente de Sigmund Freud. Finalmente regresa a Caracas. Es éste el más irónico de todos los episodios, lo que vale sobre todo para las sesiones de Malena con el psicoanalista vienés. Esta ironía es, en realidad, autoironía de la autora que es, como queda dicho, psiquiatra de profesión. (213-247). El episodio es narrado desde la perspectiva auctorial.

Estos episodios presentan diferentes realizaciones de la condición femenina en distintas épocas y contextos sociales. Lo que tienen en común es una profunda insatisfacción, la imposibilidad de lograr una propia identidad. Malena, la joven mujer venezolana de la segunda mitad del siglo XX, parece haber alcanzado lo que les había sido negado a sus encarnaciones anteriores.

Malena parece ser un modelo de mujer emancipada. Tiene éxito profesional, en tanto que ascendió hasta vicepresidente de una compañía de seguros, y es emancipada en sus relaciones personales: ha llevado una vida sexual libre, se ha casado y se ha divorciado, tuvo amantes. Sin embargo, al igual que la mexicana Ana Fernández está insatisfecha, y como ella está en un tratamiento psicoanalítico. Siguiendo a su analista, Malena llama sus episodios amorosos “procesos” en tanto que son procesos curativos de las consecuencias de las decepciones anteriores. El problema de su vida, que no ha logrado solucionar, es su “proceso” Alfredo Rivero, que conoció cuando tenía veinte años, que aparece y desaparece según quiere, y del cual Malena a pesar de ello no puede librarse interiormente.

La novela narra, en capítulos intercalados a los episodios históricos, la última semana de la vida de Malena, en la cual pasa con Martín, su último “proceso”, una semana de

vacaciones en Isla Margarita. Martín es un empresario rico, divorciado, con una vida sentimental prácticamente inexistente, que dice haber encontrado en Malena el primer amor auténtico de su vida. Aparentemente, los sentimientos de Malena hacia él son igualmente profundos. Todo parece indicar un desenlace feliz. Sin embargo, cuando Malena vuelve a su casa, al cabo de la semana de vacaciones, tarde en la noche, y encuentra un mensaje de su “proceso” Alfredo Rivero, se lanza en su auto en una febril carrera nocturna para encontrarse con él en un lugar en las afueras de Caracas, y muere en un accidente de auto causado por su incapacidad de autocontrolarse.

Frente a los Señores del Destino, la Malena muerta explica las causas de su queja:

Yo soy una mujer normal y corriente, y lo que quiero decir es que debería haber una mujer entre ustedes para que se dieran cuenta de las vidas que nos mandan. Ustedes convencieron a Giulia Metella de que su destino era ser una buena esposa y una buena madre, y que su poder residiría en ello, y luego que se convirtió en un monstruo, ni siquiera la dejaron defenderse con su propia voz. Ustedes castigaron a Juanita Redondo por ser pobre, por ser impotente, y por no tener un hombre que la protegiera. Ustedes callaron a Isabella Bruni al punto que ni siquiera pudo escribir su archivo y todo lo que se conoce de ella es lo que contó Luca Paccioli. Vaya a saber lo que omitió, aunque por supuesto, no podía dejar de decir que se acostó con ella y que estaba muy rica. Ustedes llevaron a la locura a la Malena del siglo XIX con el asunto de la pasión romántica, y encima la mandaron a psicoanalizar para decirle que era una insatisfecha crónica, una Madame Bovary tropical. De la del siglo XIII no quiero ni hablar, porque aun cuando ustedes no lo leyeron, yo sé que el marido la mató (263s).

Lo que reclama Malena, a fin de cuentas, es el hecho de que “el amor y el sexo” siguen siendo “los responsables del destino de las mujeres” (264). “La vida de una mujer moderna - dice- es tan imposible como las de antes, sólo que con más trabajo” (265). No quiere cambiar de sexo, porque le gusta el que tiene. Lo que reclama es “una vida en la que no se repita ninguno de los problemas que tuvimos en las anteriores. Ni yo ni las otras mujeres” (ibíd.). Quiere renacer en 2052 en Grecia, porque se acuerda de que en el verdadero comienzo de sus vidas era la Diótima de Platón (16, 266s), y por eso quiere volver a Grecia, “en busca de la cuna del erotismo y la cultura” (267). Los Señores del Destino le conceden esta nueva vida. Renacerá, pues, en 2052, pero la duda persiste. El óvulo descongelado del año 2052 que conversa con el espermatozoide que lo va a fecundar se da cuenta de que no se encuentra en Grecia sino otra vez en Venezuela, lo que lo lleva a la conclusión: “Siempre he sabido que los Señores del Destino son unos hijos de puta” (268).

Tal como en el caso de *La señora de los sueños*, también en esta novela el cuadro narrativo se distingue de los episodios por su tono irónico, que aquí se reviste de tonos paródicos y hasta burlescos. Lo que es más, la ironía penetra por lo menos en uno de los episodios, concretamente en el del tratamiento psicoanalítico que la Malena decimonónica sigue con Sigmund Freud.

Las dos novelas analizadas presentan la vida de sus protagonistas en un estado casi de laboratorio. Las dos pertenecen a la clase media y no tienen problemas financieros de ningún tipo. Las dos se encuentran a gusto en su ser femenino en tanto que no desean cambiar de

sexo. Su problema es la identidad femenina y la posibilidad de realizarla.

Empero, más importantes que este fondo común parecen ser las diferencias, empezando con la función de los episodios intercalados. La mexicana Ana se proyecta en vidas fracasadas y vidas logradas, y son las últimas las que prevalecen al final, en las experiencias de Keren y de Maya/Ananda. Las encarnaciones anteriores de la venezolana Malena, por el contrario, terminan todas en un fracaso. Curiosamente, hay un episodio en ambas series que narra experiencias análogas. Camila e Isabella Bruni son mujeres con intereses científicos que no pueden realizar en sus sociedades porque el mundo dominado por los hombres impide a las mujeres el acceso a la ciencia, relegándolas a su papel tradicional.

Sin embargo, la oposición central entre las dos novelas reside en la valoración distinta de las vidas de las protagonistas mismas, es decir, de Ana y Malena, en tanto que constituyen realizaciones opuestas del ser femenino en nuestro tiempo. Mientras que Ana sigue los cánones tradicionales, Malena se ha emancipado de ellos. Empero, es ella la que queda insatisfecha, mientras que Ana encuentra el sentido de su existencia en la espiritualidad hindú. La vida de Malena carece completamente de dimensión espiritual. Su vida se agota en su trabajo y sus amores. Sin embargo, siente el vacío de su vida, y exige de los Señores del Destino una vida que no sea puro amor y sexo. Malena siente el vacío, pero sólo intuye vagamente lo que podría llenarlo. Es en su deseo de ser Diótima que se asoma la intuición de una vida espiritual que no tuvo ninguna mujer de las reencarnaciones anteriores. Ana, por el contrario, descubre en la espiritualidad el verdadero sentido de su vida. Aparentemente, su vida sigue siendo igual, pero en realidad es radicalmente otra. ¿Tenemos que considerar la vida aparentemente tradicional de Ana como verdaderamente auténtica, y la vida aparentemente moderna de Malena inauténtica? Las novelas proponen una respuesta, pero no la imponen, y dejan al lector (o a la lectora) el aceptarla o rechazarla.

Bibliografía

Sevchovich, Sara. 1993. *La señora de los sueños*. México: Editorial Planeta Mexicana.

Torres, Ana Teresa. 1997. *Malena de cinco mundos*. Washington, D.C.: Literal Books (ed. citada). 2a ed. Caracas: Editorial Blanca Pantin 2000.

El artículo ha sido publicado en:

Maria Fernanda de Abreu (ed.): *Mulher, Cultura e Sociedade na América Latina / Mujer, Cultura y Sociedad en América Latina*. Vol. 4. Lisboa: Edições Colibri; Universidade Nova de Lisboa, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas 2003, 153-162.